



JORNADA DIOCESANA DE JÓVENES CON EL OBISPO

4 de abril de 2009

Queridos sacerdotes, religiosos y seculares agentes de la evangelización de los jóvenes:

Seguimos teniendo nuestra esperanza en el Dios Vivo. Con estas palabras del Apóstol Pablo, el Papa Benedicto XVI hace una reflexión preciosa a todos los jóvenes del mundo, en esta nueva Jornada de la juventud. Es una carta que os invito a leer y meditar con vuestros grupos juveniles y con todos aquellos que en las parroquias y colegios de nuestra Diócesis se mueven en este campo pastoral. A la luz de sus palabras, os hago llegar también mi invitación y reflexión. Sabéis que nos disponemos a celebrar nuestro encuentro diocesano el próximo 4 de Abril.

Tenemos la esperanza fundada en el Dios que vive. No es por tanto, mis queridos hermanos, momento de desánimo ni desaliento. Es cierto que podemos encontrar dificultades en la pastoral con jóvenes –quizá sea el campo pastoral donde más desconciertos podemos experimentar–. Pero es un campo para vivir con gozo la experiencia del sembrador que Jesús nos propone en el Evangelio.

Como el Sembrador, vivimos cada día con la certeza que nos ofrece aquella Palabra: «Mi Padre actúa y Yo también actúo». Dios Padre continúa llevando a cabo la obra de la salvación en nuestro mundo; no es una obra cerrada y puesta únicamente en nuestras manos. Es confianza cierta en el hacer de Dios y en la fuerza del Espíritu Santo. El Señor, bien lo sabéis, sigue conduciendo la barca de su Iglesia, en Él confiamos y, con esta esperanza segura, nos invita con intensidad y serenidad a echar de nuevo las redes. No podemos servirnos de las categorías del mundo –ajenas al Evangelio– para sopesar nuestro trabajo pastoral. Somos y estamos en el mundo, pero nuestra mirada está puesta en la de Cristo. El mundo valora y trabaja desde las claves del éxito, la eficacia, la rapidez, los números, lo útil, la imagen. Podemos estar tentados también nosotros, si no hacemos un sano discernimiento, de llevar a nuestra tarea pastoral estos mismos parámetros que deshumanizan cada día la sociedad. Pero ha de ser para nosotros motivo de serenidad y de esperanza saber que nuestra labor pastoral se apoya en Cristo, que se aleja de valoraciones y criterios culturales. En el encuentro con Dios en su Palabra descubrimos que los criterios del Reino son otros; debemos permanecer vigilantes para mirar y trabajar sólo con el ejemplo de Cristo. Es tiempo de trabajar unidos y con esperanza. Debemos seguir recorriendo juntos los caminos de antes, los de ahora y los de siempre, que ayudan a los jóvenes al encuentro personal con el Resucitado.

No es fácil definir una fórmula que nos permita un acierto matemático en la pastoral. Gracias a Dios no existen fórmulas ni recetas que aseguren el «éxito» de la evangelización. El reino de Dios crece misteriosamente y de manera oculta. Pero tenemos la certeza de que Dios es el que más ama y el que más se interesa y cuida de cada uno de los jóvenes. Confiemos, por tanto, y, con serenidad, señalemos algunos caminos que puedan facilitarle su encuentro con ellos.

Como sacerdotes y agentes de pastoral juvenil es importante que, sin olvidar las acciones de grupo, cuidemos el trato personal con cada uno de nuestros jóvenes. Cada vez resulta más necesario que las parroquias sean lugar de acogida y acompañamiento con diversas actividades para acercarnos después a cada joven en su situación personal, para crear, con cada uno de ellos, una relación personal de escucha y acogida, siendo capaces de «perder tiempo» y procurando así un espacio privilegiado donde proponer a Jesucristo y mostrar la alegría de seguirle.

Cada joven vive un momento y un proceso diferente en su fe, que es suyo, personal; es la historia de Dios en su vida. Si somos capaces de tener un trato regular con él, de generar confianza en el «tú a tú», podremos preguntarle y descubrir lo que Dios puede pedir a cada uno.

En el proceso del acompañamiento en la fe, dos sacramentos tienen un peso determinante: la Eucaristía y la Reconciliación. Nadie puede llamar a Dios Padre si no es por el Espíritu, nos dice el Apóstol (cf. Rm 8,2.15). De esta forma, las propuestas del Evangelio, la vida cristiana del joven, su propio proyecto de crecimiento en la fe, no se llevará a cabo sólo por voluntad del joven o por estrategias humanas. Necesitamos la gracia de Jesucristo, que es fuerza del Espíritu Santo para corresponder a la llamada que Dios Padre nos hace. En el proyecto de vida de cada joven ha de aparecer, evidentemente, la vivencia dominical de la Eucaristía y la celebración asidua de la Reconciliación. Privar al joven de la presencia de Jesucristo y de la gracia del Espíritu Santo es pedirle que sea cristiano sin Cristo, apelando sólo a su fuerza de voluntad y a sus propósitos, cosa que al final desgasta y es estéril.

Tampoco tengamos miedo de propiciar espacios de silencio y contemplación, para ponernos en contacto con el Misterio de amor que sostiene todo lo creado. El silencio es necesario para escuchar la voz de Dios. Nuestros jóvenes no han perdido la capacidad de escuchar, pero todos envueltos en demasiados ruidos, voces y reclamos externos. La oración abre el corazón a la presencia de Dios.

El Papa nos recuerda que no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona, que es la fuente segura de nuestra esperanza. Esta persona, Jesucristo, sigue alentando a su Iglesia y abriendo caminos para llevar a todas las gentes la Buena Noticia de la Salvación.

Hemos de ofrecer una experiencia gozosa de nuestra propia fe, en especial los sacerdotes y agentes de juventud, inspiradora de actitudes que generen vida a nuestro alrededor. Que nuestra pasión y amor a Jesucristo susciten interrogantes e interés en la vida de los jóvenes que nos rodean. Para lograrlo, avivemos la fe y la esperanza en nosotros, con lo que ello significa de valentía, entusiasmo, amor y creatividad; y también

en Dios, que sigue actuando, que está presente en el mundo y que nos alienta en nuestras luchas para que confiemos cada vez más en Él.

Que la celebración de esta Jornada de juventud, junto con las demás actividades previstas en nuestras parroquias y en nuestro Secretariado Diocesano sean ocasión propicia para avivar nuestra esperanza en Cristo y trabajar unidos. Con la ayuda de la Virgen María, Madre de la esperanza y estrella que nos conduce a Cristo. *Él es la verdadera esperanza: Cristo que vive con nosotros y en nosotros y nos llama a participar de su misma vida eterna. Si no estamos solos, si Él está con nosotros, es más, si Él es nuestro presente y nuestro futuro, no debemos temer.* Echemos de nuevo las redes.

Con todo mi afecto y mi bendición, cordialmente,

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela–Alicante